

La nueva Sudáfrica: una perspectiva desde Argentina

*Germán Domínguez**

El objetivo de esta presentación es el de brindar el testimonio de un observador –en cierta forma privilegiado– de un período particularmente interesante de la historia sudafricana, cual es el de la transición que se vivió entre los años 1992 y 1996.

En este sentido propongo simplemente, desarrollar mis impresiones sobre algunos aspectos de la realidad sudafricana que tienen que ver, tanto con mis vivencias durante esos años como con una pequeña investigación que realicé en razón de las funciones que he desempeñado.

El tratar de tomar contacto con la realidad no tiene por qué ser fácil, particularmente en el caso de un diplomático, y muy particularmente cuando se trata de la sociedad sudafricana.

En gran medida, como legado del apartheid es, aún hoy, muy común que un argentino radicado en Sudáfrica pase gran parte de su vida socializando, en general, con gente de raza blanca, reservando su contacto con la gente de color a mucamas, jardineros y choferes. No pretendo descalificar estas profesiones, sino simplemente reflejar cuál es el estilo de vida de un diplomático

* Funcionario del Servicio Exterior de la Nación. Se desempeñó en la Embajada Argentina en Sudáfrica entre 1992 y 1996. Las opiniones vertidas en esta exposición son a título personal y no reflejan una posición institucional.

en un lugar como Pretoria, a menos que, razones profesionales o intereses específicos lo lleven a contactarse con sudafricanos de color que forman parte de una cierta elite surgida del nuevo estado de cosas.

En este sentido no quiero dejar de expresar que en la Argentina de hoy, a veces me preocupa observar que estamos encaminados en esa dirección. Hoy es posible concebir que un chico argentino nacido en una familia de clase alta-media se críe en un barrio privado, no suba jamás a un colectivo, transcurra su educación primaria secundaria y terciaria en instituciones privadas, no haga el servicio militar y en consecuencia, llegue a la mayoría de edad sin haber tenido experiencias de integración social que, a mi modo de ver, eran más comunes en -por ejemplo- mi generación. A veces, decía, me duele nuestra Argentina, en la que hay ciertas cosas que nos acercan al apartheid.

Me permitiré hacer ciertas disgresiones en el relato para luego volver a la Argentina. En definitiva, los cinco años que pasé en Sudáfrica, habrán servido –entre otras cosas– para conocer mejor a mi país.

La temática del panel me invita a efectuar algunas reflexiones sobre ciertos puntos que me interesan particularmente, entre ellos, la palabra “etnicidad”. Sudáfrica es, como dice el arzobispo Desmond Tutu, la nación arco iris –*the “rainbow nation”*–, definición que alberga a la vez sus mayores potencialidades y riquezas y también sus mayores peligros. La palabra etnicidad es particularmente clave para ciertas culturas dentro de Sudáfrica, aunque puede no tener para todas el mismo significado.

Para cierto grupo, el de los *afrikaners* más conservadores, etnicidad es sinónimo de autodeterminación y éste puede ser un concepto un tanto explosivo. De alguna manera la etnia negra mayoritaria, la zulú, también le atribuye un sentido muy especial a esta palabra y le da un intenso contenido político;

tanto es así que, en algunos casos, ciertos analistas políticos se aventuraron a vaticinar la secesión de la Provincia de KwaZulu-Natal.

Sin embargo, he aquí una parte del milagro sudafricano y es precisamente el hecho de que ninguna etnia es lo suficientemente fuerte como para imponerse sobre las demás, es decir, en gran medida, la aplicabilidad del paradigma tribal a la realidad sudafricana es relativa. Ni siquiera la tribu blanca de los *afrikaners* ha podido sostener en el tiempo -a través del apartheid- su hegemonía. En el caso de los zulúes, que es la etnia mayoritaria, la limitación surge de su base de poder estrictamente regional.

Asimismo, en relación a los zulúes y sus perspectivas de autodeterminación, se impone un análisis cuidadoso, por variadas razones. En principio, es cierto que, siendo ésta la etnia más numerosa, está relativamente sobre representada en la estructura de la dirigencia del ANC, lo que no condice con aquello que las encuestas expresan sobre las preferencias políticas de los zulúes, en las cuales vemos que, cerca de la mitad de éstos, simpatizan con el ANC.

En el caso de los *afrikaners*, el apartheid, en este sentido, fue precisamente un intento relativamente exitoso pero, finalmente, fallido. Precisamente, uno de los aspectos más presentables en sociedad -más políticamente correctos que tenía el apartheid- era aquel que pretendía evidenciar el hecho de que, idealmente, se marcharía hacia una sociedad en la que las diferentes etnias accederían al derecho de autodeterminación y convivirían como “buenos vecinos”, cada uno desarrollando sus instituciones democráticas; política de “buenos vecinos», llamaba el Primer Ministro Verwoerd al *apartheid*.

No está de más aclarar que esta política, la política de bantustanes, reservaba el 13 % de la peor tierra de Sudáfrica al 80 % de la población, que era además el sector más desaventajado de la misma. Era una política claramente inviable según

estudios econométricos que datan de los años 20. Estos bantustanes representaban el 3 % del PBI sudafricano, lo que nos da también una idea de lo irreal del enfoque. Hoy por hoy, Sudáfrica tiene aún un nivel de urbanización relativamente bajo debido a estas políticas que no han hecho sino mantener bolsones de pobreza en las zonas rurales, con indicadores socioeconómicos equivalentes o incluso inferiores, al de otros países del África Subsahariana.

Me interesa detenerme en el tema de los *afrikaners*, esa “tribu blanca”, según creo, la única tribu blanca del África. Cuando el *afrikaner* define su identidad, cuando dice «yo soy *afrikaner*», está diciendo en su propio idioma nada más –y nada menos– ”yo soy africano”, lo que es toda una definición ; es la única cultura en el África que se autodefine en esos términos. De modo que la identidad *afrikaner* está totalmente compenetrada con la tierra.

Analizaré someramente un punto que es un lugar común para un observador externo: la percepción de que la responsabilidad histórica por el crimen del *apartheid* recae en los *afrikaners*. Hay una fuerte tentación a inclinarse hacia este tipo de razonamientos, lo cual es comprensible. Sin embargo, considero que es un tema al que hay que tratar con cierta delicadeza y cuidado.

Es cierto que desde 1948 hay un corte importante en la naturaleza de los gobiernos en Sudáfrica: asume el Partido Nacional con un gabinete íntegramente formado por *afrikaners*, con un programa concreto: el de favorecer a aquel sector de la población blanca que no sólo perdió la Guerra Anglo-Boer sino que además agravó su condición económica durante la Gran Depresión de los años 30. El drama de los “blancos pobres” en los años 30 mereció un voluminoso estudio de investigación de tres años de duración, financiado por la Carnegie Corporation de Nueva York.

En el año 1939 se calculaba que un tercio de los *afrikaners* vivía en un estado de “terrible pobreza”. Como dato de interés

cabe señalar que el lema del Partido Comunista de Sudáfrica en 1922 era “Trabajadores del mundo uníos por una Sudáfrica blanca”. Si sumamos los padecimientos, humillaciones y traiciones sufridos por los *boers* en manos de los ingleses durante el siglo pasado, es fácil entender que el apartheid no fue sino una aplicación del principio que hoy conocemos como de “acción afirmativa” en favor de los *afrikaners*. Obviamente el hecho de que en este juego no entraban los negros, es decir los perjudicados de siempre, nos inclina a sostener que no se puede equiparar a secas la acción afirmativa con el apartheid.

Una de las mejores definiciones que escuché sobre lo que es un *afrikaner* la recibí del escritor Laurens Van der Post, quien decía que en la esencia de los *afrikaners* estaban esos hugonotes franceses, llegados al Cabo a fines del siglo XVII, perseguidos en Francia por su religión, quienes vuelven a ser perseguidos por los holandeses tal vez en donde más duele: en su cultura francesa. Se les prohibió terminantemente hablar francés –a ellos y a sus hijos– en las escuelas y en los servicios religiosos; en otras palabras, fueron víctimas de una aculturación brutal y feroz. A pesar de ello, estos hugonotes, que, en general, eran de una condición social superior a la de los holandeses, terminaron mezclándose con éstos y hablando su propio idioma. Todo esto tiene que haber marcado profundamente la idiosincrasia de esta gente, del mismo modo que el hecho de que llegarían al siglo XIX sin haber conocido nada que se pareciera a la revolución francesa, o más cerca aún, llegar al año 1976 –sí, 1976– sin haber conocido la televisión.

Hay entonces, en la esencia de esta idiosincrasia, un doble aislamiento: geográfico y, sobre todo, psicológico.

Por otro lado el *afrikaner*, en particular el que se fue forjando en los siglos XVIII y XIX, era, probablemente, uno de los hombres más libres y más anárquicos que existía, anárquicos en el sentido de no-obediencia a ningún tipo de autoridad política, y en esto me recuerdan, en cierta forma, al gaucho argenti-

no que describe José Hernández en el “MartínFierro” y que ya no existe.

Esta es la gente que puso por escrito y justificó ideológica, y hasta religiosamente, un sistema de discriminación racial que en la práctica ya existía en Sudáfrica; gente cuyo texto de lectura durante los Siglos XVIII, XIX y XX fue el Antiguo Testamento, donde algunos pasajes sacados de contexto fueron interpretados por los *boers* a modo de mandato divino, tanto en relación a la “Tierra prometida”, como a no mezclarse con otro tipo de gente. los Libros Sagrados sacados de contexto pueden ser muy peligrosos.

Consideraré, precisamente por su apego especial a la tierra africana y merced a elementos, por llamarlos de alguna manera, tribales en su cultura, que el *afrikaner* tiene un potencial de acercamiento con su compatriota de color, quizá más fuerte que el que puede tener el sudafricano de cultura inglesa.

En pocas palabras, cuando los problemas arreciaban en Sudáfrica, el consulado británico se poblaba de largas colas de sudafricanos de doble nacionalidad que querían dejar el barco. Esto es, en gran medida, impensable respecto de un *afrikaner* tradicional y es, actualmente, una opinión un poco más matizada; he conocido sudafricanos angloparlantes totalmente consustanciados con la nueva Sudáfrica y dispuestos a no abandonarla.

No creo exactamente que la presencia inglesa en Sudáfrica haya sido negativa. Los ingleses incorporaron una cultura de juridicidad y de respeto por la ley y los derechos humanos que no debemos despreciar, aunque tampoco se puede negar que el inglés, en su trato con el negro, mantiene una cierta distancia que a veces se mezcla con actitudes racistas. Es un lugar común señalar, en defensa de la colonización española, por ejemplo, que el colonizador se mezcló racialmente con el colonizado. Ello en general no ocurrió en las colonias inglesas. Del mismo modo la relación entre un patrón inglés y su empleado negro está basada mayormente en términos contractuales.

En la cultura *afrikaner* habrían de darse mayores casos de paternalismo lo que puede llevar a una mejor relación, aunque también dicho paternalismo puede degenerar en explotación. De modo que el potencial está allí para que un patrón *afrikaner* se lleve mejor con su empleado negro. De hecho, la gran minería, que favoreció especialmente a los capitalistas de cultura inglesa, fue rentable en tanto podía haber mano de obra artificialmente barata. El apartheid fue un instrumento para crear esta mano de obra. Cecil Rhodes, figura emblemática del imperialismo capitalista inglés, fue el gran promotor de los albergues para trabajadores migrantes solteros, esquema que tal vez fuera útil para abaratar la mano de obra, pero catastrófico para el tejido social sudafricano de ayer y de hoy.

Según estadísticas del año 1985, las que según entiendo aún se mantienen, dos de cada cinco trabajadores negros en las minas, fábricas y oficinas eran migrantes –con las consecuencias sociales que ello genera, a saber, gente que no ve a sus esposas e hijos por períodos que frecuentemente se miden en años–. No es raro que haya mucamas en Pretoria que visiten a sus hijos una vez cada dos meses o más, ya no por razones económicas necesariamente, sino porque ha sido incorporado como hábito cultural que es consecuencia del *apartheid*.

A diferencia de otras sociedades africanas, donde los trabajadores urbanos desocupados pueden volver, en algunos casos, a sus poblados rurales de origen y encontrar allí redes de contención social, en Sudáfrica, por el contrario, el régimen de propiedad de la tierra redundó en una creciente concentración de la misma en unas pocas granjas comerciales pertenecientes a agricultores blancos.

Del mismo modo puede argüirse que parte de la arquitectura del apartheid es anterior al año 1948; por ejemplo, la ley de reserva de tierras –87 por ciento– o las leyes de *job reservation*. La primera *pass-law* data del año 1809, colonia inglesa del Cabo.

A veces me pregunto si no habrá, al igual que hubo una leyenda negra sobre la conquista española en Hispanoamérica, una leyenda negra sobre los *afrikaners* en Sudáfrica, reforzada por lo anacrónico, lo extemporáneo del apartheid desde el año 1948 en adelante.

Otro punto que quiero destacar es que, hoy por hoy, nos es muy difícil decir qué es un *afrikaner*.

Existe el *afrikaner* urbanizado, cuya ideología política puede considerarse “progresista” –tanto más progresista cuanto mayor es su independencia económica–. Esta clase es la que determinó las reformas que se comenzaron a ver a fines de los años ochenta con Botha y que, definitivamente, se encarnan en de Klerk. Se trata de una burguesía *afrikaner* que ha establecido sus alianzas con su equivalente inglesa y también con la burguesía negra emergente.

En este sentido, ya a mediados de los años setenta se calculaba que por lo menos un setenta por ciento de los *afrikaners* pertenecía a una clase media “segura” que encontraba crecientemente difícil conciliar sus normas y valores profesionales con la cruda discriminación del apartheid en su versión clásica.

Existe un *afrikaner*, quizá rural o, si es urbanizado, de menor posición económica, como puede serlo un empleado público blanco, que es más conservador pero acepta vivir en la nueva Sudáfrica, siempre y cuando su modo de vida y su cultura no se vean afectados. En este sentido se plantean roces en el campo de la educación, recurso escaso y valioso, que el nuevo estado sudafricano debe distribuir teniendo en cuenta las injusticias del pasado. En el año 1994 el Estado sudafricano gastaba tres veces más en educar a un chico blanco que a uno negro. Estos *afrikaners* son los que, probablemente, simpatizan con el General Viljoen, un ex Comandante de las viejas FFAA sudafricanas, veterano de Angola, que se incorporó al juego democrático de la nueva Sudáfrica con el mandato de luchar por la autodeterminación sudafricana.

Aún es temprano, pero creo que algunos libros de historia del futuro le asignarán un rol relevante a este General que supo llevar a un sector importante de la sociedad sudafricana a incorporarse al juego democrático.

Por último, la rama más conservadora de los *afrikaners* abarca desde los simpatizantes del Partido Conservador –partido que decidió no participar en las elecciones de 1994 por no ver claramente garantizado el principio de autodeterminación *afrikaner*–, hasta los neonazis extremistas, algunos de ellos, francamente folklóricos y otros, peligrosamente violentos.

Debemos analizar y manejar estas categorías con la claridad meridiana que tuvo Mandela en el momento –quizá el más peligroso– de la transición sudafricana, el día que mataron a Chris Hani, el hombre más popular de Sudáfrica después de Mandela, quien dijo entonces: “... es cierto, fue un hombre blanco el autor material y también el instigador de la muerte de Hani, pero no nos olvidemos que no hubiéramos dado con él de no ser por la denuncia efectuada por una mujer blanca *afrikaner*”. Hani vivía por otra parte en Boksburg, un barrio de clase media *afrikaner*.

Recapitulando entonces, llego a la conclusión de que la diversidad étnica sudafricana es un elemento real al que debemos incorporar y valorizar, sin que ello atente contra la unidad que, desde el punto de vista económico, Sudáfrica debiera conservar.

La etnicidad es importante, pero no olvidemos que puede ser utilizada políticamente por fuerzas que, entiendo, son conservadoras y nos llevan a un pasado que Sudáfrica ya abandonó. Otro punto que invita al debate y que tiene que ver con la etnicidad y con el presente y el futuro sudafricanos es el de la acción afirmativa.

Al hablar de acción afirmativa pienso en una carrera de cien metros llanos en la que unos corredores largan con calzado deportivo y otros lo hacen descalzos y, peor aún, desnutridos. La competencia es sana y, en gran medida, la fuerza que hace pro-

gresar a nuestras sociedades; es probable que ese progreso sea más justo, y también más dinámico si las condiciones iniciales de la competencia fueran más parejas para todos. De modo que el argumento en favor de la acción afirmativa no es, para mí, tan sólo un argumento de justicia distributiva sino también un argumento de eficiencia en los resultados.

Cuando reflexiono acerca de la acción afirmativa en Sudáfrica, lo hago abstraído de otros ejemplos que vienen a mi memoria, como puede ser el caso de Estados Unidos, donde los desaventajados son minorías; en Sudáfrica, por el contrario, son la gran mayoría de la población.

En Estados Unidos son muy complejas las circunstancias de esa desventaja, pero en Sudáfrica es claro, muy claro, que por espacio de más de medio siglo hubo una política de acción afirmativa en favor de la población blanca y, en particular, en favor de la población *afrikaner*. El *apartheid* no fue nada más y nada menos que un sistema legal que favoreció e impulsó el avance de la minoría *afrikaner* en Sudáfrica.

De modo que es muy difícil no estar sino a favor de una política inversa en Sudáfrica, que tienda a atenuar esta clara situación de desventaja generada, en gran medida, de un modo artificial.

Ahora bien, las consecuencias para mí son ambiguas y complejas. Tenemos desarrollos positivos por un lado; así podemos observar al negro que quiere demostrar que no le debe su puesto al color de su piel y el blanco identificado con la Nueva Sudáfrica, que debe demostrarlo a través de su trabajo, así como debe también demostrar que no le debe ese puesto de trabajo al *apartheid* sino a sus cualidades técnicas. Todas estas situaciones son consecuencias claramente positivas de una política de acción afirmativa. No obstante eso sería muy ingenuo desconocer que la acción afirmativa se ha desvirtuado, premiando la incompetencia y echando al sector privado a importantes cuadros técnicos heredados en la estructura del estado.

Lo que hace más complejo este análisis es que, en el caso sudafricano, hay otras minorías que han estado desaventajadas en el pasado, aunque no tanto como las grandes mayorías negras. Me refiero a los mestizos o *coloureds* del Cabo, a los malayos del Cabo, a los indios. Por ejemplo, los indios durante mucho tiempo no podían residir en la Provincia Central del Free State. Este fue un tema que sensibilizó particularmente a gente como el actual Presidente de la Corte Suprema, que es de origen indio. ¿Porqué?, porque él mismo fue víctima de este sistema respecto al ejercicio de su profesión de abogado, ya que la sede del Poder Judicial está en Bloemfontein, capital del Free State.

Conque me inclino a considerar que algo hay que hacer para equilibrar las injusticias del pasado, con la habilidad suficiente como para no subvertir el sano principio de la competencia.

El hecho de que la etnicidad es el elemento de mayor conflictividad en la sociedad sudafricana es observable. Más bien diría que lo que es conflictivo es que raza y poder económico coincidan tan groseramente en Sudáfrica, país cuyo índice Gini—que mide el grado de distribución de la riqueza entre las distintas clases sociales— es uno de los peores, sino el peor, del mundo. El Estado sudafricano subsidió, por mucho tiempo, el enriquecimiento de la minoría blanca y legalizó el empobrecimiento de la mayoría negra. Así, el ingreso *per capita* de la población blanca supera doce veces el de la población negra y el ingreso del 20 por ciento más rico de la población es 45 veces superior al del 20 por ciento más pobre.

Otro conflicto importante que se da en Sudáfrica es, a nivel de los *townships*, no tanto entre zulúes y no zulúes, sino entre el negro urbanizado y el recién arribado de las zonas rurales o—peor aún— de países vecinos. Se trata de la competencia por recursos escasos que, claramente, degenera en la peor de las violencias.

Por último, quiero referirme brevemente a un elemento que, a mi entender, favoreció la transición sudafricana: una cierta

religiosidad común que trasciende las etnias y culturas, a diferencia de otros escenarios particularmente conflictivos como Medio Oriente o Irlanda del Norte, en Sudáfrica no ha habido valores religiosos que dificultaran una negociación sobre el poder y el privilegio; por el contrario, conceptos como el perdón y la reconciliación –tan presentes en Mandela luego de su liberación– forman parte de una cultura religiosa que es compartida por todos.

Así podemos ver a los diferentes actores: la iglesia Anglicana, con el arzobispo Tutu y su apoyo a la política de sanciones en los años ochenta, el padre anglicano Huddleston –que jugó un rol tan importante en la resistencia a las remociones masivas de población de los años cincuenta y sesenta–, la Iglesia Reformada de Holanda, con sus cuestionamientos internos por haber sostenido el *apartheid* y la Iglesia –africana– de Sión, con su posición, en general, apolítica y relativamente conservadora.

En todas estas religiones hay un sustrato común de tolerancia y reconciliación que favoreció la transición, elemento que no debiera ser minimizado en el análisis de este verdadero milagro sudafricano.